

2014



Olga caprichosa

Mª Gracia Morales

28/06/2014

Olga no estaba nada contenta, había cruzado sus bracitos sobre el pecho y, con la cabeza baja, miraba enfurruñada a su madre que conducía mientras intentaba convencerle de que en casa de la abuelita iba a estar muy bien. Ella sabía que no era verdad, su abuela era muy mayor y no tenía móvil ni videoconsola ni nada divertido para jugar como a ella le gustaba, todo eso se quedaba en su casa. Llegaban ya a la puerta de su abuela y mamá aparcó, abrió la portezuela de Olga y le desató las correas de su asiento, pero la niña no se movió. Se puso más tensa y no había manera de que saliera del coche. Su madre recurrió entonces a medidas más contundentes y consiguió sacarla por la fuerza en medio de un berrinche fenomenal, mientras la abuela esperaba el desenlace de la batalla en la entrada de su casa.

Olga llegó a rastras dando berridos, con la cara roja de tanto llorar. La anciana miraba a la niña con una mezcla de pena y ternura, intentó abrazarla pero era como si le tuviera alergia…

Mamá dejó allí a Olga y, tras unos minutos horribles, por fin llegó la calma a la casa, aunque la niña seguía sentada con la cabeza agachada y los brazos cruzados en actitud claramente hostil… La abuela no le decía nada, pasaba de vez en cuando por su lado y nada más.

En uno de esos paseos, le dejó un cuento delante de ella pero Olga giró la cabeza para no mirarlo.

La mujer no volvió a transitar por allí, pero observaba a su nieta desde otra habitación.

Cuando la niña vio que estaba sola y que nadie le hacía caso, empezó a mirar el libro de reojo, por si alguien la pillaba.

Poco a poco su curiosidad venció a su enfado y cogió el cuento. Leyó el título: “El monstruo que no dejaba a los niños volver a casa.” Era un título muy raro y entonces, lo abrió.

Lo primero que vio fue un monstruo feísimo y estuvo a punto de cerrar el libro, pero pudo más su curiosidad y empezó a leer.

“Érase una vez una niña que no quería ir a casa de su abuela porque pensaba que era muy aburrido estar allí. Quería irse, pero no podía así que estuvo allí enfadada hasta que empezó a leer un cuento que le dejó la buena mujer para que se distrajera…” ¡pero si era eso lo que le había pasado a ella…! Pasó la hoja y siguió leyendo: “La niña se encontró con una bruja que se parecía mucho a su abuela…” Eso ya no le había pasado, menos mal. Levantó la mirada y de repente ya no estaba en casa de la anciana, de hecho tenía delante a la bruja del cuento… ¿Qué había pasado?

-¡Oye! –Dijo ella entonces -¿Tú quién eres? ¿Eh? ¿Dónde está mi abuelita?

La bruja le miró riéndose y contestó:

-¿Tu qué…? ¡Si hace un rato no querías ni verla! – Y se volvió a reír.

Olga miraba a todas partes pero sólo veía las húmedas paredes de una cueva muy mal iluminada con velas. Miró a la bruja y le dijo:

-¿Sabes qué? que si no me sueltas puedo llamar a mi padre que es policía. – Se lo dijo muy seria pero la bruja se rio más fuerte.

-¿Y a mí qué me importa que tu padre sea policía o farmacéutico? Él no está aquí para rescatarte.

La niña empezaba a tener un poco de miedo, no sabía qué podía hacer y estaba a punto de llorar, pero esta vez no era por una rabieta, estaba asustada de verdad.

La hechicera observaba a la pequeña con atención. Cuando empezó a sollozar le habló:

-No llores. Aquí no conseguirás nada llorando.

Olga le miró con los ojos llenos de lágrimas.

-Ni tus llantos ni tus berrinches servirán de nada.

A pesar del susto que tenía encima fue capaz de hacer una pregunta.

-¿Dónde estoy?

-¡Ah! Este país no tiene nombre, el que escribió el cuento no se lo puso…

La niña no entendía nada.

-Estás dentro del cuento que leías… es un cuento mágico.

-¡Pues quiero volver a casa!

-¿¡A casa!? ¡Ja! No puedes volver a casa.

-¿Por qué? –Preguntó la niña con angustia. -¡Yo no quiero estar aquí! – Y salió corriendo, pero de pronto no pudo moverse, la mujer había lanzado un hechizo paralizante, y la atrajo de nuevo hacia ella. Olga parecía una estatua cogida en pleno movimiento. La dejó en el suelo y le dijo:

-Mira, niña, aquí no se admiten los caprichos. Te puedes ir cuando quieras, pero ten en cuenta que fuera de esta cueva está el monstruo, y él no te dejará volver nunca.

Los ojos de la pequeña reflejaban el horror de la noticia.

-Ahora te voy a liberar. –Y agitando su varita sobre ella, hizo que recuperara el movimiento.

La niña temblaba como una hoja, miraba con temor a la bruja, tenía cada vez más miedo cuando pensaba en lo que le había dicho, que no podía volver…

-Ahora ayúdame a hacer la comida.

La pequeña no se movió hasta que la mujer le cogió del brazo y la puso un delantal para que pelara unas patatas.

Llegó la hora de almorzar y había puré. A Olga no le gustaba nada y se negó a comer. La anciana no dijo nada, se comió su ración y retiró el plato de la niña que le decía que quería macarrones…

-Aquí no hay de eso, si quieres comer, comerás lo que yo haga, y si no, no comas.

Aquella bruja se parecía a su abuela pero sólo en el físico, su abuela era mucho más buena, aunque no tuviera cosas divertidas para jugar…

Llegó la noche y había puré para la cena y fresas de postre. Olga no tomó el puré, pero se lanzó a las fresas porque tenía hambre y era lo que más le gustaba en el mundo, sin embargo, cuando estaba a punto de rozarlas con sus dedos, desaparecieron sin dejar rastro.

-¡Tengo hambre! –Gritó.

-Pues come. –Dijo la bruja sin inmutarse.

-No quiero este puré asqueroso.

La hechicera le miró con severidad.

-¡Escucha, mocosa malcriada, la comida nunca es asquerosa! Hay puré, si no lo quieres, no lo tomes.

-Pero…-Dijo con cierto temor. –También había fresas…

-Las fresas,-Contestó la bruja. –son de postre, primero el puré. –Y no dijo más.

Al día siguiente hicieron lo mismo, peló patatas y la vieja le riñó porque se llevaba media patata con la piel. Otra vez puré, Olga se moría de hambre y las fresas le parecían más apetitosas todavía, pero no se sentía capaz de comer aquella crema aún.

Llegó la noche de nuevo y la niña, mirando el plato que tenía delante, cogió la cuchara y con un enorme esfuerzo, la hundió en el plato y se la metió en la boca rápidamente, como para no notar todo el asco que le daba… y fue capaz de comer otra cucharada, y otra, y otra, hasta terminar con todo. Ni se había dado cuenta de que, en realidad, el puré estaba muy bueno. Luego, la bruja le ofreció las fresas y Olga, sin pensárselo dos veces se lanzó a por ellas y las cogió todas, pero, cuando se las iba a meter en la boca, desaparecían como el día anterior.

-¡Oye! –Gritó. -¡Me he comido el puré…!

-Pero no has pensado más que en ti cuando has cogido las fresas.

Aquella bruja se merecía el nombre, era muy, pero que muy mala. Aparte de hacerle pelar patatas todos los días, tenía que limpiar la cueva y hacer su cama. No podía jugar, no tenía ni juguetes ni tiempo y acababa muy cansada todas las noches. Además era una mujer muy exigente, no podía encontrar ni una mota de polvo. Olga echaba de menos el cole… nunca se hubiera imaginado que eso ocurriría, porque no le gustaba nada estudiar, pero era así, y echaba muchísimo más de menos a sus padres y a su abuela, con todo lo que se aburría en su casa…

Pasaron varias semanas del mismo modo. El plato de puré aumentaba y el cuenco de fresas era cada vez más pequeño. La bruja le ofrecía a ella la primera: ¡qué difícil era no cogerlas todas! Especialmente cuando sólo había tres… si cogía dos, una desaparecía, de modo que sólo podía coger una. Un día que Olga limpiaba la cueva, se dio cuenta de que la bruja se había dejado la puerta abierta, ¡menudo despiste! Hasta ese día no había pasado nunca. Se asomó despacio al exterior. El paisaje era precioso, jamás había podido verlo porque no había salido de la gruta. Cuando vio que no estaba la bruja por allí, salió un poquito. Se dijo a sí misma que no estaría fuera mucho tiempo, pues corría el peligro de encontrarse con el monstruo…

Pero a la niña se le olvidó por completo y se alejó de la cueva admirando toda la belleza que había en aquel lugar. Sin darse cuenta se había retirado tanto que no supo volver. Cuando dio la vuelta, todo le parecía el camino por el que había andado. Acabó sentada en el suelo, apoyada en un árbol totalmente agotada. Se puso a llorar y se quedó dormida. Cuando despertó, no estaba ya en el bosque, yacía sobre un lecho de paja y el lugar era bastante oscuro. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Estaba otra vez en la cueva. Curiosamente

se sentía segura allí por primera vez. Se levantó y buscó a la bruja, pero no estaba. Entonces lo vio, vio al monstruo frente a ella, era como el dibujo del cuento, sólo que de verdad…

Aquella cosa espantosa miraba a Olga con ojos enfermos, parecía dolorido, al acercarse a ella cojeaba y gemía como loco. La niña retrocedió aterrorizada y tropezó cayendo al suelo. No podía dejar de mirar a aquel engendro feísimo. El monstruo llegó hasta ella con gran esfuerzo y se sentó a su lado. Olga temblaba de pavor. Entonces, mirándola, le dijo con una voz espantosa.

-Hola, ¿cómo te llamas?

La niña tenía tanto miedo que no era capaz de contestar. El monstruo continuó:

-Perdona, primero debo presentarme, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza sin pensar lo que hacía.

-Yo me llamo Monstruo, y esta es mi casa. Ahora te toca a ti.

La pequeña consiguió hablar por fin.

-Yo… yo me llamo Olga y mi casa no sé dónde está…-Y empezó a llorar.

El monstruo la miraba con pena.

-No llores, pequeña, te puedes quedar conmigo.

Ella le miró y gritó llorando:

-¡No! ¡Quiero volver con mi mamá!

-Lo siento, -Contestó el monstruo. –De aquí no podrás salir mientras yo no me duerma y el dolor de esta pierna no me deja hacerlo, así que, hazme un buen puré con esas patatas y luego jugaremos juntos.

¡Puré! ¿Es que no había otra cosa en aquel lugar? Como Olga no se decidía, el engendro rugió con toda su furia:

-¡He dicho que hagas puré, tengo hambre!

Olga se puso a pelar las tres patatas que había. Lo hizo fatal porque tiritaba de pánico y pensaba que eran muy pocas para que comiera Monstruo y dejara de tener apetito.

Cuando lo tuvo hecho, se lo llevó y el monstruo se lo zampó en un santiamén. Olga no se atrevió a decir que ella también tenía hambre y miró cómo engullía todo sin dejar una gota.

-Ahora tráeme las fresas que están en la despensa.

Se las llevó e hizo lo mismo, no dejó ni una. Olga miraba con tristeza cómo desaparecían en su bocaza… empezaba a echar de menos a la bruja…

Al día siguiente fue igual, hizo puré con tres patatas y le dio las fresas, pero se guardó una para ella… Monstruo se dio cuenta y le lanzó un rugido que la dejó temblando. Le dio la fresa y se fue a un rincón a llorar… tenía mucha hambre y estaba muy cansada, de pronto se acercó el monstruo y le dijo:

-Ahora vamos a jugar.

Pero la niña se encaró con él y le dijo:

-¡No quiero jugar contigo, tengo hambre, quiero irme a mi casa!

El engendro se quedó asombrado y no sabía qué decir.

-Yo no sé dónde está tu casa… te dije que sólo puedes salir de mi cueva mientras duermo… y no duermo, mira mi pierna. –Y se la enseñó. Olga tuvo que volver la cara, si el monstruo era feo, la herida era aún peor, ella no sabía qué se podía hacer con eso, el monstruo dejó a la niña allí y se fue entristecido.

Olga sabía que era imposible salir de aquella cueva pues Monstruo descansaba a la puerta y, efectivamente, no dormía, debía tener unos dolores terribles, y la pierna no se le curaba.

Al día siguiente, cuando la niña fue a hacer el puré, se encontró con seis patatas, las cocinó y le llevó el puré al monstruo pero él le dijo:

-Ponte tú un poco y come.

Olga obedeció sin dudar, y le dio las gracias. Comió como jamás había comido un puré.

Después fue a por las fresas y vio que también había muchas más que otros días. Se relamió, pensando que, por fin, iba a poder probarlas, pero ¡ay! ¡El monstruo se las comió todas otra vez…! ¡Qué chasco! Al menos había saciado su apetito y estaba un poco más animada. La noche anterior, como tampoco podía dormir por el hambre, se quedó pensando cómo hacer que durmiera Monstruo y se acordó de algo que le contó la bruja sobre las peladuras de las patatas, dijo que eran medicinales y que podían curar algunas heridas…

Olga se acercó a él y le dijo:

-Vamos a jugar, ¿quieres?

-Sí, nadie ha querido jugar conmigo nunca, ¿sabes?

Olga le pidió que le volviera a enseñar la pierna y ella se la vendó con las cáscaras de las patatas que había pelado. Consiguió cubrir toda la herida y el monstruo sintió el alivio inmediatamente. Durante dos o tres días más repitió la operación. La herida se veía mejorar con aquellas curiosas vendas. Al cuarto día, el monstruo se encontraba tan relajado, que acabó durmiéndose. Entonces la niña salió de la gruta sin hacer ruido, de puntillas, intentando no rozar a Monstruo. Ya estaba fuera, no sabía dónde ir, pero al menos se había librado del engendro. Se puso a andar y cuando llevaba un rato caminando, oyó un terrible grito del monstruo que había descubierto su huida. La niña echó a correr hasta que tropezó y cayó. Cuando se levantó, se encontró a la bruja frente a ella y, sin darse cuenta de lo que hacía, se tiró a su cuello. La mujer no se esperaba aquello pero, tras un instante de desconcierto, también la abrazó.

Cuando se separaron y la niña miró a la mujer, se dio cuenta de que era de nuevo su abuela… ¡Había vuelto…! Volvió a abrazarla Mientras decía con infinito cariño:

-¡Abuelita…!

Y la anciana sonreía mirando con ternura a su nieta mientras le decía:

-¡Hay que ver cómo has crecido!

